

COLECCION
OCTAEDRO

NOVELA

ERRAR AL BLANCO



de Patricia Bence Castilla



ERRAR AL BLANCO

Bence Castilla, Patricia

Errar al blanco.-1a ed.- Buenos Aires: Ediciones
Ruinas Circulares,año 2008 -184 p.: il.;20x14cm.-
(Octaedro/Liliana Díaz Mindurry)

ISBN 978-987-24111-4-5

1.Narrativa Argentina.2.Novela. I. Título

CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

Diciembre 2008

Ediciones Ruinas Circulares

Directora: Patricia Bence Castilla

Aguirre 741 - 7° B

(1414) Buenos Aires

E-mail: info@ruinascirculares.com

www.ruinascirculares.com

PATRICIA BENCE CASTILLA

ERRAR AL BLANCO
NOVELA

COLECCIÓN OCTAEDRO
ediciones ruinas circulares

13 *¡Tú que habitas en los jardines!,
mis compañeros prestan oído a tu voz,
deja que yo te oiga decir:*

14 *“Apúrate, amado mío,
como una gacela joven,
sobre las montañas perfumadas”.*

Cantar de los Cantares 8, 16-14

I

Vos, esa vez, quisiste empezar tus tareas mucho más temprano que de costumbre, tal vez para romper con la rutina, asignada vaya a saber por qué mandato que vos misma te habías impuesto; quizás, podrías haberte liberado, sin embargo, no tuviste valor, pensaste que era tarde para retrocesos, la marcha atrás solo era para quienes tenían el coraje de mirar la vida de otro modo. No era tu caso. La edad, el cansancio, el saber que es inútil arrepentirse del camino emprendido, sobre todo cuando se tiene encima la carga de dos males paralelos, esos que llevabas vos como si tuvieras una giba abultándose sobre la espalda: el apuro y la indecisión. Esa mañana, supiste que venías colocándose una trampa, prolija, siempre abierta, un pozo ciego, apenas camuflado, siempre ahí, a pocos pasos.

De pronto los recuerdos aparecían con claridad. Quizás en otro momento hubiese sido un detalle sin importancia, pero ahora, te obligaba a reconsiderar tu vocación. En un principio te guiaba la piedad; luego, sin saber por qué, viste a tu vocación caer de bruces contra el piso; una habitación pequeña, una celda que te cerraba las puertas del mundo. Entonces supiste que había llegado el momento de mirar la vida desde otro ángulo, menos obtuso, más abierto, más permisible, sobre las dudas que pasaban por tu interior. Recordabas el hábito que tenías de salir

a caminar, donde te cruzabas habitualmente, con varias de las aspirantes; siempre te parecieron anónimas, no debieron haberlo sido, pero lo fueron. Nunca repararon en tu mirada incrédula, la que llevabas arrastrando por los pasillos que daban al parque de un denso follaje gris: hacía que la madrugada vistiera con una palidez cadavérica, que de a poco, sobre todo en los inviernos, convertía al lugar, en un morada triste, apagada, de tonalidades neutras.

La escarcha, esa mañana, la que hoy volvés a recordar, humedecía los felpudos de la entrada y no había un solo lugar, un solo recoveco, donde percibir el placer de sentirse viva, plena, fuera del hecho único, de volverla a ver. Allí estaba, en el mismo lugar, sentada, sola, con la mirada fija en el piso, como si en ese mosaico estuviera todo lo que ella necesitara, como si allí se escribiera sin preámbulos su destino, un destino que no podía expulsarla a ningún lugar sino a quedar presa de sí misma. Pensaste: *Sólo nos resta sobrevivir. Ella será una víctima más.* También te repetías a cada momento; *los demás no tienen peso, son insignificantes, un velo arañando las paredes, un hongo reproduciéndose en el borde de las ventanas.* Ellas eran criaturas anodinas, insulsas, iguales, muchas veces detestables, obligadas a tener que pasar el resto de sus vidas a tu lado sin quererlo, sin que vos desearas nada de ellas.

Sin embargo esa mañana, que a pesar del tiempo transcurrido, recordás bien, después de dieciocho días de llegar puntualmente, te quedaste observándola en forma casi obsesiva -cosa a la que

no estabas habituada, ni estaba bien visto por tu cargo- esa mañana, finalmente, estuviste decidida a acercarte a ella, más allá de lo que cualquiera pudiera pensar o imaginar, vos querías pasar la mañana a su lado, quedar a solas, sin testigos, hablarle, decirle que te parecía diferente, que tenía algo sugestivo y vital, que juntas podrían hacer algo para arrebatarle de la piel el aroma viscoso de la indiferencia, el disimulo, la falsa imagen de las cosas. Fue entonces cuando pudiste observar que a través de la luz, un polvillo grisáceo formaba volutas, densas, largas, descendiendo sobre la frente de la compañera de banco que no parecía reparar en tu presencia, aunque comprendiste que ella, en silencio, también de algún modo te percibía.

Estaba sentada en el mismo banco donde tantas veces te viste a vos misma observándote desde un punto indefinido, lejano, a la vez inconcluso, falso, preguntándote, como si fuera un eco reverberando las paredes: *¿qué hago aquí?* Tenías el claro convencimiento de que algo estaba sucediendo diferente a tus deseos, pero ya no había retroceso, lo sabías, la marcha atrás solo se daba en algunos sueños, a veces, en alguna que otra de tus pesadillas.

Comenzaste haciéndote preguntas fuera de lugar, como un juego, para dejar que tu mente, al menos no perdiera fuerza, no perdiera el interés de imaginar. Daba lo mismo. Todo te daba lo mismo, lo miraras desde donde lo miraras. Te decías: *El color del cielo no manifiesta grandes diferencias, sólo en la retina de quien lo observa.* Eras conciente de una cosa: era tarde, no podías romper con los viejos mandatos, con el dedo acusador frente a

la ranura de los párpados, esa antigua penitencia del *deberías*, con la que cumpliste a rajatabla, pero que sin embargo, a pesar de todo, continuabas aceptando la condena, sin poder separarte, escindirte, como si llevaras a un niño prendido de la mano. Y ahí, otra vez, con tus páginas desdobladas, con una única e interminable monotonía que daba lugar a otra penitencia, a otro nuevo error, sin tener nunca el coraje para retroceder, tampoco de ir hacia adelante. Un día igual a otro. Partes iguales de un todo que te paralizaba, sin divisiones, sin fisuras, un círculo aparentemente perfecto, presuntuosamente falso. La misma rutina, las mismas caras cruzándose por los pasillos. Trataste en un tiempo de negar esas presencias, las percibías como lastimaduras, como espinas clavadas en la memoria de la que jamás podías despegarte. Nunca pudiste, como si no fueras capaz de respirar tu propio aire, o elevar tu propio vuelo sin alas de plástico, o de cera, para no verte de pronto quemada por el sol, derritiéndote de a poco, sin remedio, sin poder separarte, o al menos escapar, irte más lejos. Por eso, de pronto, su presencia, se transformaba para vos, en un horizonte más cercano.

Comenzaste a recordar que esa mañana ella no contestó, cuando, no sin cierta timidez, con temor a su rechazo, la saludaste. Ella te respondió con un apagado: *Buenos días*. Sólo porque reiteraste el saludo un par de veces, de lo contrario, no te hubiese respondido. Si bien ella había ingresado hacía muy poco, te provocaba una extraña sensación, sobre todo, después de haber permanecido cristalizada dentro de esa matriz que vos misma te había fabricado para preservarte de vaya a saber qué, y que ya

después de tantos años, no podías diferenciar si era tuya, o ajena.

Era de una belleza apagada, lánguida, desprovista, solamente un mechón de pelo que rompía los límites que el ropaje intentaba imponerle. El mechón caía por una frente ancha, sobre un ceño fruncido que tenía algo de perverso en esa cara ingenua, apenas inocente. Insistía en no querer reconocer tu presencia —te hacía acordar a vos misma—. Sentías deseos de abrazarla, pensaste en dejarla pintada sobre una franja de tela, para impregnarla de todos tus colores, de todos esos matices que te producía el sólo verla, porque así, a través de las pinceladas, podrías tocarla sin demasiada vergüenza, habías soñado muchas veces, habías sentido deseos, deseos de volver a tener con vos, como cuando eras pequeña, a ese bebé de cara compungida, volver a tener junto a vos esa piel que ahora te despertaba ganas de exhalar el aire de tu boca sobre esa otra que parecía temblar debajo de la bufanda. Tenía un cuerpo enjuto, apenas perceptible, una piel transparente que dejaba a la vista unas muñecas muy delgadas, de dedos largos, quietos, vacíos, siempre apretados. Hubieses deseado plasmar esa obra de arte donde pudieras dejarla escasamente visible, en la penumbra, desnudar ese leve resplandor detrás de la cabeza, esa laxitud que la hacía sobrenatural, a la vez tangible, cercana, vulnerable.

Ese día la presencia cobró fuerza para vos, identidad, una imagen que irradiaba por primera vez lo que tanto habías buscado y a lo que jamás le habías puesto nombre. Aunque era delgada, la percibías como un resplandor en medio de esa media luz asfixiante. Estuviste muy quieta junto a ella: por primera vez,

una al lado de la otra. Tu cuerpo se iba acoplando al otro que fue perdiendo la timidez, entregándose como si fuese un ritual, o quizás, como en un mudo, tácito acoplamiento adhiriéndose a tu figura, así, como una hostia se quedaba pegada al paladar. Sentiste que ella era tu comunión, tu reencuentro, tu volver a empezar. Te produjo un temblor, un cosquilleo, una vieja forma de sentir. Sin embargo, ella no te miró, continuaba observando los mosaicos, el infierno, esa nada que la seguía como un perro. Acaso miraba un lugar pasado, sin recuerdos. Eso creíste. Pensaste que ella era diferente. No pudiste refrenar el impulso de pasarle la mano por detrás de esa espalda rígida, sobre ese leve arqueado que hacía la columna. No dijo nada, no hizo ningún movimiento, ni de agrado ni desprecio, por lo que, en libertad, dejaste que corrieran las yemas de tus dedos por esas vértebras que ribeteaban sobre la lana áspera del saco. Tus dedos mantendrían un lenguaje con esa parte desdoblada de aquel viejo deseo, ese lenguaje que no necesitaba de palabras, ni de un solo sonido, tan solo el hecho de percibir que ese otro estaba cerca. Ella era como la piel de un fruto al que había que oler de a poco; tibio; una leve pelusa te hacía cosquillas bajo la palma, un aroma a brote, a reverberación, a raíces que apenas se vislumbran. Fue despertándote ganas de hablarle cosas al oído, de que se te acercara, de dejarte llevar por ese deseo que sentías de amarla, de protegerla, de hacerle la vida menos distante, más reveladora; también por el deseo de que ella pudiera tener una oportunidad, de que no cayera en el agujero, en ese mismo pozo en el que vos permanecías como rehén, en esa desesperanza que hacía de los días un nuevo dolor, y así uno

tras otro, deseabas que ella tuviera la oportunidad de no llevar el fracaso como un sello en el medio de la frente, como una estigma, como ese mandato que vos llevabas ya de un modo irreversible. Nada le dijiste, esas cosas sólo se piensan cuando no hay nadie que pueda oírlos, ni siquiera la conciencia, por si acaso, no debías descuidarte. No, no se decían, menos en ese lugar, a esa hora, o a cualquier otra, cualquiera fuera el lugar.

Desde que la viste entrar por primera vez, no pudiste dejar de pensar en ella, soñarla, te negaba a imaginar que pudiera estar alguna vez en otra parte, que no fuera allí

—¿Sentís frío?

No te contestó, quedó callada mirando un lugar ignorado, movía un pie levemente. Pudiste ver una media color piel que cubría unas piernas no muy largas, poco torneadas, y que de tanto en tanto soltaba uno de los zapatos haciendo un vaivén imperceptible que te daba un poco de sueño de tanto mirarlo. Dejaste que la luz se corriera, como pasaba todos los días, todos los días desde esa primera vez cuando la viste sola sentada en ese mismo espacio, ese que las dejaba tan juntas y a la vez hacía de muro, de puente, de frontera entre tu deseo y su indiferencia, o, quizás, su desconfianza. El suyo era un trazo rígido sobre la cara, un estado virginal marchitándose en el agua. Detrás de esa imagen oíste la debilidad de su latido y a la vez su fortaleza. Como si debajo de ese viejo vestido escondiera un misterio, una fuerza arrolladora que hacía de vos, un robot que cada día se levantaba a las cinco de la mañana. Nunca, a pesar de la costumbre, te había sido fácil levantarte al amanecer, menos si

tu estado por la noche hubiese sido sólo el del insomnio, pero, sin embargo, estabas puntualmente cada día en el mismo lugar, desde hacía dieciocho días, desde que la vieras por primera vez, con la boca entreabierta, húmeda, con sus leves parpadeos de asombro o inquietud, una respiración lenta y entrecortada; como un suspiro de angustia colocado detrás de los labios. Delirabas. La imaginaste desnuda como a una niña recién nacida, levemente tapada por un camisón de tela rústica como todo atuendo, mirándola a los ojos, demostrándole cierto interés, acercándote a su cama de hierro que enclaustraba aún más, si hubiese sido posible, eso que vos suponías que era una insoportable frustración cotidiana. La verías crecer lentamente, transformándose de a poco en esa pequeña mujer que tendrías la posibilidad de observar a tus anchas. Podías en ese entonces ver como se deshacía de esa tela que en su imaginación había pintado, viste la gran obra terminada, desde donde partía caminando a paso lento, inseguro, temerosa, mirando a cada lado, como si de cada lado apareciera un nuevo fantasma, como si esos fantasmas la obligaran a bajar la cabeza, como si no existiera para ella otro modo de mirar. Era levemente bonita, de esa belleza que de tan pálida se esfuma. Esa belleza que comenzaba a esclavizarte. Se destacaban las líneas negras, oblicuas, las que en tu imaginación parecían querer devorarse al mundo a través de las pupilas, las que de pronto, sin saber bien por qué, se desprendían de ese entorno para replegar la mirada de nuevo hacia el piso, otra vez con miedo, con un leve desconcierto, o te parecía, porque ella antes te había observado desde un inhóspito lugar, un lugar que desconocías, que no

quisiste ver. Sin embargo, quisiste imaginarla a tu modo. Ella una vez más estaba allí, ganando su desorden, despertando tus ganas de volverla a ver, de volver a despertar para sólo correr a sentarte otra vez a su lado, en el mismo banco, bajo el mismo haz de luz, así, un día tras otro, dieciocho días, dieciocho días de estar contemplándola con arrobamiento, como si fuera un cálido reflejo sobre esta desazón que hacía de ese lugar su refugio de cada día.

Recordás haberla mirado ya sin tapujos. Mirabas a esa postulante que ingresaba por primera vez, de la que pronto serías su maestra, su guía espiritual, su profesora. Supiste que ella también se había equivocado, llegaba con su carga a cuestas, con la nada que comenzaría a deambular por los pasillos sin tener ningún lado adónde ir, era otra presa dentro de esas habitaciones, otra presa de por vida. Ya eran dos. Ya no estabas sola.

Dejaste esa vez que ella se levantara tímidamente, que te diera un beso. Saliste de la capilla de su mano para ingresar luego juntas al noviciado, donde viste pasar a otras decenas de niñas anodinas que deambulaban, ya más seguras, por ese jardín de árboles raquíuticos que hacían de pantalla, bajo la mirada indiferente de la cosas.



El desierto, de un modo u otro, lleva a ese concepto de culpa tan clásico en las sociedades occidentales, a partir de la tradición de Abraham. El simple error es castigado de forma clara o sutil: las sociedades proponen modelos que no pueden alcanzarse porque están más cerca de lo ideal que de la maraña gris de lo real.

Hace ya mucho que Albert Camus comentaba con precisión que la rebeldía más elemental expresa paradójicamente, la aspiración a un orden. Porque la rebelión parece la única actitud ante la equivocación y la falta. Como diría Kafka: cualquier ley es inexplicable y la rebelión ahonda más la falla y la omnipresente culpa ante un orden imposible. Algo semejante le sucede a la hermana Clarisa de *Errar al blanco*, una novela bien urdida por Patricia Bence Castilla, escritora que en *Felices los niños* ya mostraba su pericia narrativa y su hondura psicológica.

LILIANA DIAZ MINDURRY

